

Los efectos de los proyectiles habian sido espantosos. Para dar en pocas palabras el siniestro estado de la mortandad, que no pudo formarse hasta algunos dias despues, segun el resultado de las notas judiciales, inferiores sin duda á la verdad, habian sido heridas ciento cincuenta y seis personas, no ascendiendo á menos de quinientas once el número de heridas repartidas entre ellas. En esta larga lista de víctimas, habia veinte y una mujeres, once niños, trece lanceros, once guardias de París, y treinta y un agentes de la prefectura de policía.

Todos los caballos de la escolta habian sido heridos, escepto los de la vanguardia y la retaguardia, y asimismo mas ó menos gravemente trece hombres de los veinte y ocho que la componian.

Ocho heridos sucumbieron en cortos intervalos.

El señor Batty, guardia de París, y el señor Riquier, empleado en la intendencia de la casa del príncipe Gerónimo, espiraron al dia siguiente, 15 de enero, en el hospital Lariboisiere; el 26 de enero sucumbió M. Haas, negociante americano; el 27 el señor Raffaint; el 5 de febrero, el señor Dussange; el 6, el señor Chassard; el 8, Dalen, guardia de París y el señor Waleau.

La cobarde emboscada del 28 de julio de 1835, la máquina infernal de Fieschi, segundo ejemplo del atentado á todo trance, causaron mas pérdidas irreparables, pues que en ellos fueron mortalmente heridos diez y nueve personas, y treinta solo levemente.

Pero en este último, el carácter de las heridas testificaba el refinamiento de una horrible invencion.

La mayor parte de las heridas, decia M. Larrey, son pequeñas y poco profundas. Generalmente, no admiten una sonda de mas de cuatro ó cinco milímetros de diámetro, unas veces se detienen bajo la piel, otras penetran bajo las aponeurosis ó llegan aun hasta los músculos, pero por lo comun hasta las capas superficiales. Casi todas estas llagas solo tienen una abertura, si bien algunas presentan dos separadas por intervalos que no exceden comunmente de cinco ó seis centímetros. Su trayecto de una abertura á otra, es, por lo comun, directo, si bien á veces contornean superficies resistentes como la de la tibia. Los agujeros de entrada, asi como los de salida son desiguales, cortados, á veces triangulares y bastante semejantes, salvo la dimension, á picaduras de sanguijuelas.

Solo escepcionalmente encontraba proyectiles la sonda, siendo lo mas comun recogerlos en los vestidos de los heridos, sobre todo en los de las señoras, cuyos corsés y faldas voluminosas son mas á propósito para detenerlos en su tránsito. Parecia una especie de metralla producida por el estallido y fragmentacion de la cabidad que contenia la sustancia fulminante. Estos fragmentos angulosos, de bordes dentellados, eran en su mayor parte, de muy reducido volumen: algunos no excedian del tamaño de una lenteja, y otros se semejaban á fragmentos de clavos, ó á granos de hierro aplanados y machacados.

Una circunstancia notable era la multiplicidad de heridas recibidas por un mismo individuo. Un militar

tenia veinte y siete; veinte un jóven cuyos miembros inferiores, agujereados en el sentido literal de la palabra, acusaban la direccion de los proyectiles viniendo de abajo á arriba.

Fácil es, pues, de concebir, que los asesinos habian errado su objeto queriendo asegurarlo mas. La sustancia fulminante (era fulminato de mercurio cuya fuerza de esplosion es tal que obra la perforacion de una plancha sobre que se le haya colocado al aire libre) habia desmenuzando, por decirlo asi, su cubierta en lugar de dividirla en pedazos. De aquí el mayor número de heridos, pero tambien la gravedad menor de la mayor parte de ellos.

La mayor parte de las llagas habian sido en el primer momento muy poco dolorosas. Muchas personas que se creian ilesas, fueron heridas en muchas partes. Una señora provinciana, herida en la cara, en los brazos y en el seno y de una manera bastante curiosa, se imaginaba que se habian disparado cohetes artificiales en honor del Emperador. Mas al cabo de algunos dias, se hacian mas sensibles las llagas, tal vez mas de lo que era de esperar de su poca estension. La estrechez del trayecto, la presencia en las carnes de fragmentos difíciles de extraer esplicaban sus inflamaciones, por otra parte, frecuentemente ligeras y circunscritas.

Por desgracia, en ciertos casos, los efectos de la esplosion eran mucho mas graves. Algunos trozos voluminosos de muchos centímetros de anchura, ó pedazos mas pequeños, pero que habian formado bala, producian llagas considerables, siempre irregulares y desgarradas, de una sola ó dos aberturas, habiendo atravesado de parte á parte miembros, quebrado huesos, ó alcanzado á vísceras importantes. Algunas víctimas sucumbieron á desórdenes de este género.

M. Tardieu, decia tambien sobre este particular. La mayor parte de las heridas penetraron en la profundidad de los órganos, y á pesar de su poca estension aparente, hicieron rasgaduras y destrozos considerables. Las llagas, á consecuencia de la naturaleza de los proyectiles, desiguales, irregulares y ardientes que las penetran con motivo de su estrechez y de su profundidad, se complican con derrames de sangre, con flogmosas, con dolores de cabeza, que les dan mucha gravedad. Dos víctimas han sucumbido y nueve están todavia en peligro de muerte. Algunos de los heridos quedarán afectados de enfermedades incurables. A estas heridas graves ó ligeras, deben añadirse numerosas contusiones recibidas, ya directamente de parte de los proyectiles, ya de parte de los cuerpos encontrados por estos últimos y arrastrados en su movimiento de proyeccion, tales como astillas de madera ó trozos de cristales.

Los facultativos MM. Laurie y Maquin, del servicio de la Opera; Corvisart, de la casa imperial, y otros muchos, prodigaron los primeros cuidados á los heridos en las casas vecinas. M. Teve, capellan de marina, dió la absolucion á aquellos cuyo estado parecia mas alarmante.

Mientras ocurrían estas escenas lastimosas, monseñores Alfonso Royer y Gustavo Vaez introdujeron á